

Redescubriendo a la persona en la discusión ambiental: el aporte de *Laudato si'*

RICARDO IRARRÁZABAL SÁNCHEZ

Abogado UC y subsecretario de Minería



Tal como en su momento la encíclica *Rerum novarum* develó la «cuestión social», despertando en ese entonces bastante debate y discusión, la encíclica *Laudato si'* se hizo cargo de la llamada «cuestión ambiental» a través de la propuesta de una «ecología integral» y haciendo un llamado a la «conversión ecológica». Es la Doctrina Social de la Iglesia que, manteniendo la firmeza en los principios, «está en condiciones de abrirse a cosas nuevas» (CDSI 85).

La importancia de esta encíclica, que toma una temática previamente trabajada por los papas san Juan Pablo II y Benedicto XVI, es que coloca a la persona al centro de la preocupación ecológica, esto es, una adecuada antropología para la discusión ambiental. El papa Francisco nos señala que «no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental». Esto marca un cambio en relación con el clásico análisis de sustentabilidad y sus tres pilares interdependientes (económico, ambiental y social), en que muchas veces lo social pasaba a ser el último de los factores, y en la práctica constituía el «pilar olvidado» de la sustentabilidad, centrándose la discusión únicamente en la relación entre lo económico y lo ambiental. Es por eso que el papa propone la denominada «ecología integral», «que incorpore claramente las dimensiones humanas y sociales» (LS 137), requiriéndose una adecuada antropología y volviéndose imperiosa la necesidad del humanismo. De esta forma, el análisis de sustentabilidad ha de subordinarse al entendimiento de la persona humana como el centro de sus preocupaciones.

Y es por esto que el papa pide coherencia. Coherencia a la empresa y a la economía cuando ella «asume todo el desarrollo tecnológico en función del rédito», asumiendo que «la economía actual y la tecnología resolverán todos los problemas ambientales» (LS 109). En este sentido, el paradigma de la maximización requiere ser superado por un comportamiento ético, «en el cual los costes económicos y sociales que se derivan del uso de los recursos ambientales comunes se reconozcan de manera transparente y sean sufragados totalmente por aquellos que se benefician, y no por otros o por las futuras generaciones (LS 195, citando a Benedicto XVI en *Caritas in veritate*). Pero también coherencia a quienes han hecho suya la causa ambiental, ya que «todo está conectado». Y es que «cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad... difícilmente se

escucharán los gritos de la misma naturaleza» (LS 117). Y dado que «todo está relacionado, tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto» (LS 120).

Y esta coherencia pasa por un cambio en nuestras conductas. Y es justamente a eso a lo que se refiere el papa Francisco con el llamado y exhortación a la «conversión ecológica», señalando que «la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, [y] no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana» (LS 217). Pero este es un llamado no solo a los cristianos, sino que a la humanidad completa a cuidar nuestra casa común, de manera de no comprometer a las futuras generaciones, generando así un compromiso de solidaridad intergeneracional, a la cual estamos llamados todos, actuando con convicción y llevando a cabo nuestra propia conversión ecológica interior.

Con todo, no podemos olvidar la dimensión espiritual de la encíclica, cuando la contemplación de la naturaleza se transforma en una experiencia de Dios y de conversión espiritual, cuando nos dejamos asombrar por la belleza y la armonía de la creación divina. Ya lo decía el científico Rodolfo Amando Philippi, fundador del Museo de Historia Natural: «Nada más sublime, nada más religioso que el estudio de la naturaleza. Por la obra se conoce al maestro, y en las maravillas del mundo se ha revelado su Creador». Cuidando la naturaleza daremos así continuidad a esta casa común terrenal con la casa común del cielo, la Jerusalén Celestial, en que «nos encontraremos cara a cara frente a la infinita belleza de Dios y podremos leer con feliz admiración el misterio del universo» (LS 243). 